

y con grandes instancias obtuvo la mision difícil del Japon, alcanzando allí la corona del martirio que tanto deseaba. No se sabe cómo los cristianos pudieron sacar del Japon su venerable cabeza, y trasladarla á España donde Dios quiso glorificarla obrando por su medio gracias milagrosas.

CAPITULO XXVII.

Siete cristianos quemados y ocho decapitados en Nangasaki, el dia 17 de Agosto de 1627.

Aun no habia pasado un mes, cuando el 17 de Agosto, tres religiosos franciscanos y doce seglares del Japon, unos terceros de San Francisco, y otros de Santo Domingo, recibieron la palma del martirio. Estos fueron Francisco Curobioie, Cayo Yemon, que algunos le creyeron natural de Corea, confundiéndole, sin duda, con otro Cayo de quien ya hemos hablado; pero mas comunmente y con mas razon se asegura que fué de las Islas Amanguchi; Magdalena Kiota, viuda, de sangre real, de D. Francisco de Bungo, y Francisca, tambien viuda, de muy santa vida. Los terceros de San Francisco son, Gaspar Vaz y María su mujer, Tomás Vo, Francisco Cufioie, Lucas Kiemon, Luis Matzuo, Martin Gomez y Miguel Kiraiemon, que fué familiar de D. Luis Cerqueira, obispo del Japon.

Todos, cristianos de antigua data y de mucho fervor, fueron aprehendidos, encarcelados y condenados á muerte por haber hospedado á los Padres y rehusado conservar la vida, renegando de la fé. Siete

fueron quemados vivos, á saber: el B. Padre Francisco de Santa María, con los dos hermanos legos Bartolomé y Antonio, Francisco Cufioie, Gaspar Vaz, Magdalena Kiosa y Francisca; los otros fueron degollados.

Tenemos algunas noticias mas particulares sobre los tres religiosos. El B. Padre Francisco de Santa María nació en España, en la provincia de la Mancha. Siendo muy jóven entró á la Orden de San Francisco é hizo su profesion en la provincia de San José: ordenado de sacerdote é inflamado de celo por la conversion de las almas, en 1609 partió para las Filipinas, donde permaneció trece años, ocupado en el ministerio apostólico y en el estudio de los idiomas de aquellas comarcas. En 1622 penetró en el Japon, cuando la persecucion era mas fuerte que nunca, y estuvo allí cuatro años, en medio de continuos peligros, hasta que fué aprehendido en casa de Gaspar y María Vaz.

Su compañero, inseparable por muchos años, el bienaventurado Bartolomé Laurel, tomó el hábito en la flor de su edad, y profesó la regla de San Francisco en México su patria: siguió luego al B. Padre Francisco á Manila, y despues al Japon, empleándose, segun su clase, en disponer á los fieles para la recepcion de los sacramentos, y á los paganos para que abrazasen la fé: fué para todos un ejemplar admirable de humildad, de mortificacion y de celo.

El bienaventurado Antonio de San Francisco, japonés, sirvió por mucho tiempo á los Padres franciscanos en el empleo de catequista. No estaba presente cuando fueron aprehendidos los otros; pero tan luego como lo supo, él mismo se presentó al gobernador, declarando que era su compañero y que estaba pronto á dar la vida por la defensa de la fé. Fué

preso, y así consiguió lo que tanto deseaba, tener el consuelo de que le recibieran en la Orden como hermano lego, y hacer su profesion antes de ser martirizado. (*)

CAPITULO XXVIII.

Son quemados en Nangasaki el 7 de Setiembre de 1627, el B. Padre Tomás Tzugi, jesuita, y otros dos seglares.

El 7 de Setiembre tuvo lugar la feliz muerte del Padre Tomás Tzugi, de la Compañía de Jesus, y de sus dos huéspedes. El Padre Tomás nació de una familia noble, en Sonongai, territorio de Omura; fué educado desde su mas tierna edad en el Seminario de Arima, y en 1589 se consagró al Señor en la Compañía de Jesus. Llegó á ser un excelente predicador, y en su idioma, superior á cualquiera otro: espulsado con otros misioneros en 1614, se retiró á Macao; pero despues de cuatro años de destierro, volvió al Japon, en hábito de comerciante, y comenzó sus obras de celo, pero permaneciendo oculto, como entonces era indispensable: se disfrazaba de diversas maneras para engañar las miradas de los enemigos de la religion, y lo mas frecuentemente era bajo el vestido de esportillero, llevando sobre el cuello un gran terció de leña, y así iba á diferentes partes, segun lo exigian las necesidades de las almas; pero creciendo mas y mas la persecucion, se desalentó al extremo de pedir con importunidad su salida de la Orden. Dios permitió este momento de olvido para humi-

(*) Proceso apostólico.

llarle á sus propios ojos, y en seguida glorificarle mas; pues el mismo dia en que se le relevó de los votos, por evitar un mal mayor, volvió súbitamente en sí, é hizo las mas apremiantes instancias para ser admitido de nuevo en la Compañía. Los superiores que no tenian que reprocharle, sino era esta debilidad, le sometieron luego á largas pruebas que él sufrió, esponiéndose con valor á todos los peligros, y en consecuencia le permitieron que renovase sus votos de religion.

El Padre Tzugi habia sido invitado por Luis Maqui, excelente cristiano de Nangasaki, á que celebrase en su casa la fiesta de Santa María Magdalena; pero apenas habia terminado el santo sacrificio, cuando el apóstata Feizo que lo habia sospechado, envió á sus satélites para aprehenderle. Preguntado quién era, de dónde venia, y para qué, respondió, yo soy Tomás Tzugi, religioso de la Compañía de Jesus, y esto podeis saberlo por toda la poblacion de la ciudad, que por muchos años me ha oido predicar la fé cristiana: y ademas, aun estoy pronto á sostener con el precio de mi sangre la verdad que fielmente he predicado. El apóstata, que muchas ocasiones habia sido uno de sus oyentes, le reconoció, y sin querer saber mas, le mandó á la prision de Omura. Su firmeza tuvo ocasion de manifestarse mejor, resistiendo los violentos asaltos de sus parientes renegados, que con frecuencia le ofrecieron el antiguo patrimonio de sns abuelos, con tal que renegase de la fé cristiana.

Despues de trece meses de prision, fué llevado de nuevo á Nangasaki, y sentenciado al fuego juntamente con Luis Maqui, en cuya casa fué aprehendido, y con Juan su hijo adoptivo. En el tránsito predicaba al pueblo con un fervor extraordinario: desde el poste en que se le ató, se volvió hácia sus dos compa-

ñeros, y para justificarles en esta última prueba, les habló de las ignominias y de los dolores de Jesucristo de una manera tan espresiva, que Feizo, que le veía sin oírle, no dudó decir: “He aquí cómo encanta el alma de sus compañeros, refiriéndoles la pasión de Jesucristo.” Cuando la hoguera fué encendida, bendijo á los dos, y luego recogióse en sí mismo, levantó los ojos al cielo con un semblante lleno de serenidad. En silencio oraba, y mientras ardía no hizo movimiento alguno; pero sintiéndose cercano á espirar, cantó el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y al concluirlo espiró, cayendo de espaldas en la tierra. En este momento, Luis Martínez de Figueredo y otros europeos y japoneses, presenciaron un hecho maravilloso, que en los procesos verbales certificaron con juramento y fué, que el pecho del Padre Tomás permanecía intacto, cuando todo el resto del cuerpo era consumido mas y mas por el fuego; que despues él por sí solo se abrió, y que se desprendía del mismo pecho una llama de tres palmos de altura, cuya belleza y transparencia escedía á la de cualquiera otra llama conocida, pues parecía un hermoso rubí. Estas son sus propias palabras. Martínez hizo que los asistentes la observasen, porque duró el espacio que se emplea en rezar tres veces el *Credo*, y todos la consideraron como una cosa sobrenatural. El Padre Tomás murió el 7 de Setiembre de 1627, siendo poco mas de cincuenta y siete años.

CAPITULO XXIX.

Doce confesores de la fé quemados y diez decapitados en Nangasaki, el dia 8 de Setiembre de 1628.

En el año de 1628, Bungodono, rey de Omura, cambió de sentimientos respecto de los cristianos, y llegando á ser uno de los mas crueles perseguidores, hizo una carnicería horrible. Doce son las primeras victimas que encontramos y que fueron quemadas en Nangasaki el dia 8 de Setiembre. Dos eran religiosos dominicos, y tres franciscanos. El mismo dia y en el mismo lugar fueron decapitados otros diez, entre los que se hallaban seis niños de siete, cinco y dos años, todos huéspedes y domésticos de los Padres, y afiliados en el Tercer Orden de Santo Domingo y San Francisco.

El gefe de este glorioso ejército fué el bienaventurado Padre Domingo Castellet, vicario provincial de los Padres dominicos en el Japon. El dia 7 de Octubre de 1592 nació en Esparraguera en Cataluña, y habiendo tomado el hábito religioso en Barcelona, hizo su profesion en 1608. Fué preso en Nangasaki el 5 de Junio de 1628, en la casa de Luisa, mujer muy piadosa, de edad de ochenta años, y fué conducido con los demas confesores á la prision de Omura. He aquí la carta que pocos dias despues escribió á Eduardo Correra, portugués: “Bendito sea Dios que se acordó de mí en sus misericordias, y sacándome del mundo me trajo á esta santa prision, que han habitado tantos electos. Plegue á la Magestad divina, que les ha sacado de ella para recibirles en el cielo, concederme la gracia de ir pronto á regocijarme con ellos. Rogad á Dios por mí, y dadle gracias por el

grande favor que me ha concedido: yo estoy contento, muy contento.—Prision de Omura y Junio 20 de 1628.”

El siervo de Dios comunicó el fervor que le animaba á sus compañeros de cautividad, y les ejercitaba en obras santas, preparándoles para el gran sacrificio de su vida. En el camino de Omura á Nangasaki donde debia ser ejecutado, no cesa de predicar la fé de Jesucristo; y como al acercarse al lugar del suplicio hubiese visto á Eduardo Herrera, que parado al pié de un árbol estaba llorando lleno de dolor, le dijo en alta voz: “Amigo mio, no lloreis: nosotros vamos al cielo, rogad á Dios por mí.” Despues mojó un lienzo en la sangre de uno de sus compañeros, que habia sido ya decapitado, y mostrándolo al pueblo, le colocó respetuosamente sobre su cabeza y dijo: “He aquí la escala para subir al cielo.” Luego, desde el poste en que estaba atado, se dirigió hácia el presidente idólatra, y le citó, lo mismo que al emperador, para el tribunal de Dios, Supremo Juez, para que en él diesen cuenta de su injusticia. Incontinenti, murió en las llamas con una gran constancia. Dos hermanos legos de la misma Orden fueron quemados con él; el hermano Tomás de San Jacinto, que nació en 1598, y el hermano Antonio de Santo Domingo, nacido en 1608, ambos del Japon, y que le habian ayudado á trabajar en la salud de las almas.

Los dos religiosos franciscanos fueron los bienaventurados Antonio de San Buenaventura y Domingo de Nangasaki. Este era catequista, y no se hallaba presente cuando fué preso el B. Padre Antonio; pero lleno de un ardiente deseo de morir por Jesucristo, se presentó á los mandarines, y se declaró cristiano y compañero del Padre Antonio, cuya valerosa conducta le mereció la palma del martirio. En

la prision misma fué admitido á la Orden y pronunció sus votos.

El B. Padre Antonio de San Buenaventura nació el año de 1588, en Tuy en la Galicia. Despues de haber terminado sus estudios de filosofía en la Universidad de Salamanca, entró á la Orden de S. Francisco en la Provincia de S. Pablo, y profesó en 14 de Julio de 1615. Pasó luego á las Filipinas con otros cincuenta y seis religiosos, y allí continuó sus estudios teológicos y se ordenó de sacerdote: en 1618 pasó al Japon, y por espacio de diez años consecutivos se dedicó á la predicacion de la fé cristiana. He aquí el testimonio que sobre ese particular dió un superior del Padre Antonio: “Antonio de San Buenaventura era un obrero infatigable que ganó muchas almas para Dios: trabajaba dia y noche confesando, predicando y convirtiendo apóstatas, logrando levantar de su caída en poco tiempo á mas de dos mil, entre los que preparó para el martirio á un buen número. Su sentencia la abrazó con alegría, y en un momento de transporte esclamo: ¡oh Jesus mio, ahora ya sé que soy vuestro, y que muy pronto voy á veros y ser feliz en vuestra gloria! Murió de cuarenta años.”

Nombraremos tambien como dignos de una particular mencion, entre los seglares, á Juan Tomaki, que con una fuerza de alma increíble vió morir á sus ojos, á cuatro hijos, Domingo, de diez y seis años, Miguel, de trece, Tomás, de diez, y Pablo de siete, cuyas cabezas fueron arrojadas á la hoguera en que iba á ser quemado; y Lucía de ochenta años de edad, que superior á la debilidad de sus años y de su sexo, dió señales de un valor sobrehumano. (*)

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XXX.

Tres terceros de Santo Domingo decapitados en Nangasaki, el día 16 de Setiembre de 1628.

Ocho dias despues, el 16 de Setiembre, fueron decapitados tambien en Nangasaki, Miguel y Pablo Fimonoia y Domingo Xobioie, afiliados en el Tercer Orden de Santo Domingo. No teniendo ningunos pormenores sobre su vida, nos contentaremos con referir aquí lo que Gerónimo Diaz de Barreda ha de puesto sobre el particular en los procesos verbales de Macao. "El testigo dice saber de ciencia cierta, que los mártires Miguel y Pablo Fimonoia y Domingo Xobioie, hermanos del Tercer Orden de Santo Domingo, fueron decapitados por órden del emperador del Japon, en ódio de la fé de Jesucristo, de los cristianos que la profesan, de los religiosos que la predicán, y de todo el que les ayude á ese objeto, como lo hacían los referidos siervos de Dios con los sacerdotes de Santo Domingo en la cristiandad del Japon. Añade, ademas, que fueron martirizados en la ciudad de Nangasaki el día 16 de Setiembre de 1628, y declara saber estas cosas de una manera cierta, porque este martirio de los tres siervos de Dios era muy público en esta ciudad, así como tambien en la cristiandad del Japon; y que tambien se habia hecho notorio en Macao, porque muchos hombres honorables, tanto portugueses como del Japon, que fueron testigos del martirio, referían públicamente que el emperador les hizo cortar la cabeza por ódio á la ley de Jesucristo. Ademas, se han divulgado unas relaciones impresas de su martirio, que son muy ciertas, y se han recibido en esta ciudad cartas de religiosos

respetables, escritas del Japon, en que refieren la muerte de los tres siervos de Dios, de la manera que se ha dicho."

Los otros testigos oculares han hecho deposiciones en todo conformes á esta.

CAPITULO XXXI.

Miguel Nacaxima, jesuita, recibe la corona de mártir con nuevos y horribles tormentos el 25 de Diciembre de 1628.

El año de 1628 terminó con el memorable martirio de Miguel Nacaxima, de la Compañía de Jesus, y natural de Maciai en el reino de Fungo. Siendo de once años, le instruyó y bautizó el Padre Juan Bautista Baeza, apóstol de este reino. Miguel hizo voto de perpetua castidad, y desde entonces entabló una vida señalada cada dia con nuevos progresos en la perfeccion cristiana. Por espacio de doce años tuvo en su casa oculto al Padre Baeza que le habia engendrado en Jesucristo, y alcanzó que le reemplazase el Padre Manuel Borgés: de noche, él mismo conducia á los fieles para que les pudiese administrar los Sacramentos. Su deseo único era derramar su sangre por la fé, y cuando se le instaba á renunciar este deseo, respondia ofreciendo su cuello á la hacha del verdugo: empero Dios le reservaba una muerte todavía mas gloriosa.

La Compañía de Jesus desde luego debia abrirle su seno para satisfacer á sus reiteradas instancias y para pagarle las grandes obligaciones que le debia. El Padre Mateo Curos, sucesor del Padre Pacheco en

el cargo de vice-provincial, fué quien le recibió en la Orden.

El mes de Agosto de 1627, los mandarines de Nangasaki, sospechando que Miguel daba asilo á los Padres, le mandaron permanecer prisionero en su misma casa; y durante un año largo que no salió de ella, llevaba una vida muy penosa. Llegado que fué el 3 de Setiembre de 1628, cinco días antes que fuesen quemados los doce mártires de quienes ya hicimos mencion, se le pidió alguna leña para la hoguera, pues es un uso del país el dar, cuando lo manda la autoridad, algunas cargas de leña que sirven para quemar á los sentenciados. Nuestro generoso cristiano se negó abiertamente á dar ni una espina, que contribuyese á la injusta muerte de los siervos de Dios, cuya vida, decia, quisiera salvar al precio de su propia sangre. Cavaci, á quien se refirió esta respuesta, le hizo notificar al momento, que antes de la noche saliese con todos los suyos, y fuese á vivir á las montañas y entre los bosques. Salieron en efecto, pero no permanecieron fuera mas que una sola noche, pues un empleado de justicia corrió á buscarles á la madrugada del día siguiente, y muy pronto todos fueron enviados á Ximabara.

Aquí, el gobernador Tanga Mondo se valió de mil arbitrios para pervertir á Miguel: no pudiendo lograrlo, le hizo desnudar y apalear á golpes de baston por los soldados que le molieron todo el cuerpo; y como él invocaba el nombre de Jesus, le metieron una piedra en la boca. De esta suerte le tuvieron espuesto á los rayos del sol, apremiándole frecuentemente á que apostatase, pero él les respondia: "Vosotros haréis un picadillo de mi carne y de mis huesos y me arrancareis el alma del cuerpo, antes que sacarme de la boca tan horrible palabra." Entonces ensayaron

el tormento del agua: le tendieron sobre su espalda, le cerraron cuidadosamente la boca y le aplicaron á las narices un embudo, por el que le introdujeron ocho grandes vasijas de agua; cuando ya no pudo contener mas, un verdugo saltó sobre el vientre de la víctima, y oprimiéndole fuertemente con los piés, le hacia arrojar el agua con tanto ímpetu, que arrojaba sangre con abundancia. Muchas veces sometieron á este horrible suplicio al valeroso mártir. "Al día siguiente, le escribía al Padre Manuel Borges, comenzaron de nuevo á atormentarme con el agua, y despues me dejaron tirado en la tierra, en donde recibí una grande y evidente gracia del Señor. Como sufría yo mucho con el ardor del sol, que me parecia escesivo, hice á Dios esta súplica: "Señor, este sol es criatura vuestra, en todo sujeta á vuestra voluntad; yo os suplico me liberteis de su grande ardor." Hecha esta oración, repentinamente el aire se oscureció sobre mí, y la sombra que produjo no pasó del lugar donde yo estaba; al mismo tiempo sopló un aire fresco que me permitió respirar y me reanimó enteramente. ¡Que Dios sea bendito en su infinita misericordia!" En otra carta dice: "Mientras que yo sufría en estos días muy crueles dolores, unos cristianos me decian, que Dios me los hacia gustar como una señal de los tormentos que me quedaban por sufrir, y yo lo creí así. Cuando los dolores redoblaban su intensidad, recurri á la Virgen Nuestra Señora, implorando su intercesion, y al instante cesaron los dolores. Por tanto, al considerar estas grandes misericordias del Señor, veo claramente que padecer estos dolores y no rendirme, ha sido un efecto de su gracia y no de mis propias fuerzas."

Tanta constancia, muy lejos de suavizar el furor de los perseguidores, le irritaba mas: condenaron á

Miguel á un nuevo género de muerte de los mas crueles. Le esplicaremos en pocas palabras, por no haberle esplicado antes. A distancia de algunas leguas de Arima se eleva una montaña, llamada Ugen, cuya altura se divide en tres ó quatro largas cimas, que forman una garganta profunda, espantosa y toda calcinada por el fuego subterráneo. En muchos puntos de este suelo maldito se ven saltar manantiales de ardientes aguas, que exhalan un insoportable olor de azufre. El horror de este lugar, su calor y su detestable pestilencia, hace que los aldeanos le llamen Ghingocu, es decir, boca del infierno. Cerca de diez y ocho años hacia que se habia abierto una nueva boca, mucho mas grande que las otras, redonda y de un diámetro de cinco á seis pasos, á la que sobre todo le convenia el nombre de boca del infierno. El agua sulfurosa de que está llena es tan caliente, que se oye el estrépito con que hierva, y se ve el vapor que despide á una grande altura; y tan espantoso es verla y oír su ruido, como doloroso respirar sus exhalaciones. Pues lo que jamas se habia ideado para castigar á ningun criminal, lo idearon los perseguidores; esto es, determinaron usar de esta agua para atormentar á los confesores de la fé. Uno de los primeros en quien se hizo la prueba fué el Padre Miguel Nacaxima, que murió allí con un valor heróico. El 24 de Setiembre se mandó que le condujesen á Ugen, probando por última vez el pervertirle, tanto con instancias, como con amenazas: no logrando nada con las palabras, los verdugos volvieron por tercera ocasion á atormentarle con el suplicio del agua, despues le condujeron á uno de los manantiales de agua de azufre, que corria en una fuente demasiado grande, pero de tan poca profundidad, que el agua solo se elevaba un palmo. El verdugo ató

una cuerda á las manos del hermano Miguel y le mandó que con los piés desnudos pasase de un borde al otro, por enmedio de la fosa. El valeroso mártir entró sin vacilar, y con paso tranquilo avanza, como si hubiera entrado allí por placer. El verdugo mismo estaba estupefacto ante esa fuerza de alma, viendo que la piel viva se le desprendia de los piés, como se desprende el calzado. Tiró de la cuerda para impedir que la víctima fuese mas lejos, y apenas pudo hacer que el hermano Miguel volviese andando; entonces se le condujo á otro manantial cuya fuente fuese mas profunda, y colocado á la orilla, se le desnudó y el verdugo comenzó á derramar con una especie de cuchara sobre todo su cuerpo, esa agua ardiente que arrancaba las carnes, y así le estuvo quemando poco á poco hasta que todo el cuerpo era una sola llaga, esceptuando la cabeza que no recibió agua alguna. El mártir se puso tan desmesuradamente hinchado y tan exhausto de fuerzas, que no podia dar dos pasos: los verdugos le llevaron sobre unas angarillas, y le tendieron sobre una poca de paja; pero como estaba desnudo hasta de la piel y era tiempo de invierno, el frio glacial de la noche le hizo sufrir tanto como las ardientes aguas.

Salió el sol el 25 de Diciembre, y cerca de las ocho de la mañana llevaron al confesor de la fé á la orilla de la gran boca que llaman boca del infierno. Entonces el verdugo tomó un vaso mucho mas grande y comenzó á echarle agua en la cabeza, que corria por todo lo largo del cuerpo. Era un espectáculo horrible ver el destrozo que el agua hacia en la carne; pero aun era mas admirable todavia la invencible firmeza de este heróico mártir, que sufrió el tormento por espacio de dos horas, sin agitarse un momento, sin exhalar un gemido, y solamente invo-

cando con ternura á Jesus y María, hasta que espiró. Tenia cuarenta y cinco años de edad. (*)

CAPITULO XXXII.

Gran número de mártires sacrificados en cuatro años, entre los que habia seis japoneses del Tercer Orden de San Agustin, decapitados el 28 de Setiembre de 1630.

Se cuentan mas de trescientos confesores de Jesu-cristo, martirizados en los cuatro años que mediaron de principios de 1629 á fines de 1632. Pero solo nos resta referir los dos martirios que terminan los procesos verbales apostólicos de Manila y Macao, pues para los demas no hubo los testigos suficientes. El primer martirio tuvo lugar el 30 de Setiembre de 1630, en el que vemos el triunfo de seis valerosos cristianos japoneses, catequistas, huéspedes y domésticos de los Padres de San Agustin, y que pertenecian al Tercer Orden de su regla.

He aquí lo que bajo la fé del juramento depuso un testigo respecto de todos ellos: "Preguntado el testigo si conocia á Juan Cocumbuco, catequista del Padre Bartolomé Gutierrez, á Pedro y Tomás Cufioie, á Lorenzo Xizo, á Miguel Kinoxí y á Mancio Xizizoimon, hermanos terceros de San Agustin, respondió: que estuvo presente á su martirio y les vió decapitar á todos. Además, añade, que fueron apresados en Nangasaki, porque ayudaban á los Padres en la predicacion evangélica; y que como los siérvos de Dios no cesasen de predicar cuando iban al suplicio, vió

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 117.

que les pusieron en la boca unas cuerdas á manera de freno, para que ya no pudiesen hablar." Otro testigo declaró, "que él mismo habia sido encargado por el Padre Bartolomé Gutierrez de llevar á los referidos mártires á la misma prision el hábito de terceros de San Agustin, y que en seguida les vió decapitar, revestidos ya con sus hábitos. (*)

CAPITULO XXXIII.

Tres sacerdotes de San Agustin, uno de la Compañía de Jesus, un hermano lego de San Francisco y un sacerdote secular del Tercer Orden, atormentados primero por las aguas ardientes del monte Ungen, y despues quemados vivos en Nangasaki el dia 8 de Setiembre de 1632.

Hacia el fin de Julio de 1629, Takimaga Uneme desembarcó en el puerto de Nangasaki, enviado por el emperador con los mas amplios poderes para reemplazar á Cavaci en la presidencia de Ximo, es decir, de todas las provincias meridionales del Japon. Gobernaba una parte del reino de Bungo, y es necesario colocarle en 1614, entre los mas grandes perseguidores de esta cristiandad. Escitado por su crueldad natural y por las órdenes espresas del emperador, desde que saltó á tierra se propuso destruir enteramente la fé cristiana, no solamente en Nangasaki, sino en todos los países vecinos. Lo primero que hizo fué, mandar comparecer á su tribunal treinta hombres y veintisiete mujeres, y despues de haberles

(*) Proceso apostólico de Manila y Macao.